

Cuando las palabras duelen: Pachamama, memoria viva y la urgencia de un corazonar colectivo.

En este tiempo de profundos retrocesos sociales y políticos, cuando nos imponen cotidianamente en titulares de diarios, portales y redes, palabras que duelen y no nos dejan más que odio, cuando el calendario nos acerca al Día de la Pachamama, emerge con renovada fuerza la necesidad de reflexionar sobre el sentido profundo de esta celebración ancestral. Porque hablar de la Pachamama no es un gesto folclórico ni una postal turística; es reconocer el vínculo sagrado y vital que une a los pueblos originarios con su territorio, con sus memorias y con las prácticas comunitarias que la historia oficial ha buscado sistemáticamente silenciar.

El 1 de agosto constituye una fecha profundamente significativa para las comunidades originarias andinas. Es un día de conexión espiritual y comunitaria, dedicado a honrar y agradecer a la Pachamama, la Madre Tierra, por los bienes recibidos y por aquellos que nutrirán a las futuras generaciones. Muy alejada de las lecturas folklorizantes o de las representaciones superficiales propias de las miradas urbanas y turísticas, la ceremonia del primero de agosto se fundamenta en valores ancestrales como la reciprocidad, la solidaridad y el agradecimiento, y se constituye, además, en un espacio de resistencia cultural y reflexión política.

Lejos de ser un gesto meramente simbólico, esta práctica ancestral interpela al presente político argentino. Desde el norte al sur del país, los pueblos originarios proponen memorias y horizontes que desafían los relatos dominantes, incomodan a quienes buscan suprimirlos y, al mismo tiempo, enfrentan la indiferencia —cuando no la incomprensión— de los sectores progresistas o de la propia izquierda.



Imagen de la represión hacia las comunidades mapuches en Neuquén, 21/07/2025.

Fuente: <https://agenciaterraviva.com.ar/>



Las recientes represiones en Neuquén, ejecutadas con una violencia que remite a los ecos más oscuros del siglo XIX, nos interpelan como sociedad. No se trata de hechos aislados, sino de expresiones de un proyecto político que reactualiza discursos coloniales bajo el manto del “orden” y la “civilización”.

En una escena que expone sin disimulo el ideario del mileismo, el gobierno provincial de Rolando Figueroa desató una brutal represión contra miembros de comunidades mapuche y personas solidarias que mantenían una permanencia pacífica frente a la Casa de Gobierno. Esta violencia responde a un trasfondo claro: un Estado que actúa como garante de los intereses empresariales en Vaca Muerta, subordinando incluso los derechos más elementales de las comunidades originarias al afán extractivista. Así, la historia vuelve a escribirse desde la represión y la negación, criminalizando a quienes defienden su territorio y su cultura, mientras se perpetúan las lógicas de exclusión y despojo que parecían, erróneamente, parte del pasado.

Desde Maloneras, nuestro proyecto colectivo, allá por 2018 comenzó a corazonar y hemos ido insistiendo a lo largo de estos años en la visibilización y reivindicación de las memorias indígenas, desafiando las prácticas de desmemoria impuestas por las narrativas hegemónicas. Lo hemos hecho desde la academia, el arte y el territorio, sosteniendo la práctica artística como herramienta política y como ejercicio de memoria viva. Porque, como plantean Rivera Cusicanqui y Rita Segato, la colonialidad no es un pasado superado, sino una estructura persistente que requiere ser desafiada desde todas las trincheras posibles: las aulas, las calles, las redes, el arte.

La celebración del Día de la Pachamama representa, hoy más que nunca, una oportunidad para dismantlar las lógicas de cosificación y explotación. Es un acto de resistencia frente a un sistema que insiste en invisibilizar las epistemologías del Sur, en negar la comunalidad, en mercantilizar la tierra y la vida. Pachamama nos convoca a corazonar —en el sentido propuesto por las epistemologías indígenas—, a pensarnos desde el cuerpo, la memoria y el territorio, tejiendo saberes y prácticas colectivas que confronten la colonialidad del saber y del poder.

Hoy más que nunca es imprescindible volver a escuchar, poner el cuerpo y el corazón buscando precisamente “desgualichar la mirada”. Es decir, desactivar esos discursos que naturalizan la desigualdad y la opresión, y abrir espacio a una escucha atenta de las voces que durante siglos han sido silenciadas. Se trata de habitar la práctica desde una poética comunitaria, nutrirnos de memoria y territorio, para recomponer los lazos sociales rotos por el odio, el prejuicio y la violencia sistémica.

En tiempos donde los discursos oficiales alientan el odio, la polarización y la negación del otro, creemos que es urgente volver a la raíz, al territorio, al hacer colectivo. Frente a la pedagogía de la desmemoria, apostamos por una pedagogía del corazonar, del buen convivir, del pensamiento mestizo y *ch'ixi* que asuma las contradicciones y potencie las resistencias.



El arte, la memoria y la palabra siguen siendo herramientas políticas y colectivas para sostener la vida frente a la cultura del descarte y la violencia. Y es desde ahí que reafirmamos nuestro compromiso: la defensa de las comunidades originarias, la denuncia de la represión estatal y la construcción de un horizonte común donde la Pachamama sea reconocida no como símbolo folclórico, sino como fuente de vida, dignidad y memoria. Porque la resistencia está ahí para quien tome la posta y se alce para defender lo que es nuestro y de todos, ahí en una acción colectiva, ahí en un abrazo al territorio. Y porque, como Maloneras, seguiremos corazonando desde el hacer, desde el decir y desde la memoria activa.

Melina Saredo/ Malonera